



dos

Ahora ya pasaron más de tres meses, estamos a fines de diciembre.

Sigo aferrado. ¿A qué? No estoy seguro.

Hoy en la escuela, durante la última hora de Matemáticas, una nota circula por el aula.

Tiene escrito *Tretch Farm + Matt Gooby* dentro de un razoncito.

Matt y yo no le prestamos atención. La broma es vieja. Realmente no nos importa, ni siquiera cuando escuchamos risitas mal disimuladas ni cuando la Sra. Cook intercepta la nota dentro del puño cerrado de Spencer Finch, en el frente del aula.

La profesora me pide que me quede después de que termine la clase. No se lo pide a Matt porque da por sentado que él es gay, pues sus dos padres lo son. (Matt no lo es). También me parece que cree que yo soy una especie de héroe al ser su amigo.

–Bueno, Tretch –dice. Tiene unas mangas abullonadas muy extrañas, debajo de un júmer de corderoy–. Sé cómo te debes sentir con lo que está pasando –se rasca una mancha roja en el brazo–. Pero creo que estas bromas ya han durado demasiado.

Tiene razón, pienso. Demasiado.

–Eres un buen chico que no se merece que le lancen este tipo de... –ahora comienza a rascarse la barbilla– *acusaciones* –escupe saliva al pronunciar “acusaciones” y me pega en el rostro.

–Sé que te debe molestar –afirma.

Bueno, no es para tanto, pienso mientras me seco la cara.

–Y también debe molestar a tus padres.

Supongo que sí, si lo supieran.

–Por lo tanto, si tú quieres, estoy dispuesta a llegar al fondo de la cuestión –levanta el papel y reconozco de inmediato la letra. No es necesario llegar al fondo de nada.

–Bobby Handel –señalo–. Es la letra de Bobby Handel.

Los ojos de la Sra. Cook se agrandan y las aletas de la nariz se dilatan.

–Pero no diga nada –le ruego–. Por favor.

–Pero, Tretch, yo quiero...

–Yo sé que usted quiere ayudar, Sra. Cook. Pero, francamente, el padre de Bobby y mi padre...

–Son socios. Lo sé –asiente comprensivamente.

–Exacto –digo–. Por lo tanto, yo trato de mantener una relación pacífica.

–Pero, Tretch, la escuela tiene una política de tolerancia cero hacia el abuso y maltrato entre los alumnos.

–Lo sé, lo sé –levanto la mano–. Pero no es realmente *maltrato*, Sra. Cook. ¿Entiende?

Las mejillas de la profesora se inflan, imitando a sus mangas y luego suspira.

–Si tú lo dices.

–Además –continúo–, comenzaron las vacaciones de invierno. Cuando regresemos, ya nadie recordará esta nota humillante.

Asiente y después sonrío.

–Bueno, dile a tu familia que le deseo una feliz Navidad, ¿de acuerdo?

–Por supuesto, Sra. Cook.

–¡Ah, y también a tus abuelos!

–Lo haré –me pongo de pie y acomodo el pupitre.

–¿Los verás durante las vacaciones? ¿A tus abuelos?

Me vuelvo otra vez y esbozo una amplia sonrisa.

–Sí, señora. No tenga la menor duda de que los saludaré en su nombre –respondo. La mochila se apoya ligera contra mi hombro, todos los libros quedaron guardados en el armario durante las vacaciones. Agito por última vez la mano a la Sra. Cook en señal de despedida, y me marcho.

Cuando salgo del aula, Matt me está esperando en el corredor. Finjo no verlo y camino directo hacia él, empujándolo contra el bebedero.

–Ups, *perdona* –digo apretándome un poco más contra él antes de apartarme. Lo hago simplemente porque, en ese instante, puedo hacerlo.

–Ey, Ey, *¿a qué viene eso?* Me da un golpe en la parte de atrás del zapato, de modo que tengo que detenerme y

enderezarme—. ¿Qué dijo la Cooka? ¿Te preguntó acerca de la nota?

—Sí. Quería hacer algo al respecto. Le dije que estaba todo bien, que no había pasado nada.

—¿La escribió Bobby Handel?

—Sí señor.

En el rostro de Matt se dibuja una sonrisa.

—Tretch Farm —comenta— defendiendo a los bravucones desde el kínder.

—Como un campeón —doy un puñetazo en el aire. Caminamos por el pasillo hacia la salida y pasamos por delante de armarios oxidados y pilas de papeles inservibles—. Matt, en unos nueve pasos, estaremos libres de la escuela por un tiempo. ¿Cómo te sientes?

—Me siento... —da un paso gigantesco hacia delante y se arrodilla en la pose de un corredor profesional—. ¡Viva! —grita y sale disparando a toda velocidad a través de las puertas de la escuela secundaria Warmouth. Una vez que baja los escalones del frente, voltea y levanta el dedo del medio hacia la fachada del edificio. En realidad, los dos dedos del medio.

—¡Matt!

—¡Se terminó la escuela, nena!



Cuando mamá escucha comentarios groseros sobre los Gooby o sobre la legalización del matrimonio gay, siempre

dice: “A mí no me importa lo que las personas hacen en la privacidad de su hogar”. Pero yo me doy cuenta de que hablar de los Gooby la pone un poco incómoda. Es por eso que hace un año y medio que soy el mejor amigo de Matt y todavía no conozco su casa.

Como si mantenerme lejos de los padres de Matt pudiera impedir que yo sea quien soy.

Lo que quiero decir es que es un poquito tarde para eso.

Le dedico mucho tiempo a imaginar qué sería lo peor que podría pasar si se corriera la voz acerca de mí. Todo el pueblo de Warmouth explotaría en una enorme llamarada roja, provocada por disturbios de sus habitantes que descubrieron finalmente mi gran secreto: soy gay. O mi familia podría implosionar: como un submarino cuando desciende a mucha profundidad y la presión es muy alta.

Imagino que se lo cuento a mi familia. Veo la escena dentro de mi mente. Estamos en la sala, la madera maciza y la alfombra de diseño chino, el tocadiscos, el televisor y la mesa ratona (sin el jarrón de vidrio que derribé esa vez que estaba practicando mis pasos de baile). Mamá y papá están ahí, y también Joe.

—Mamá y papá, soy... —les digo.

Luego me acobardo.

—...tan distraído. No me di cuenta de lo tarde que es. ¿Hay algo de comer?

—Por supuesto, Tretch. Fíjate en el refrigerador. Acabo de comprar pavo —mamá lleva el suéter de cuello alto color fucsia; papá, la chaqueta tipo cazadora. Al mirar el estampado de camuflaje, escucho los gritos de los patos y me

siento culpable. Mamá está sentada en el sofá y papá, en su butaca. No poso la mirada en ninguno de los dos, sino en el espacio vacío en la mesa ratona, donde alguna vez estuvo el jarrón. Mamá nunca notó su ausencia y papá tampoco. Siempre me pareció raro.

–Tretch, ¿te ocurre algo? –pregunta mi madre.

–Sí –respondo–. Hay algo que no les he dicho.

–¿Qué cosa, Tretch? –papá se inclina hacia delante en su sillón–. ¿De qué se trata?

–Cuando ustedes salen, practico pasos de baile. Me dedico a hacer coreografías como pasatiempo.

–¡Ah! –exclama papá–. ¿De modo que de ahí vienen esos golpes que a veces se escuchan en tu habitación?

–Una vez que estaba practicando, derribé el jarrón que solía estar justo ahí, en la mesa ratona.

–Uh –mamá se encoge de hombros–. Hace un tiempo notamos que había desaparecido.

–Pensamos que Joe o tú estaban muy necesitados de dinero y lo vendieron por *eBay* –comenta papá riendo entre dientes–. De todas maneras, no era importante; no era más que un regalo barato de casamiento.

–Soy gay –anuncio.

Se quedan mirándome con rostro inexpresivo. Luego escucho un *ipop!*, y otro más. Las paredes tiemblan y después se quedan quietas, y me doy cuenta... de que estamos en el submarino y la presión aumentó demasiado. Las paredes se desmoronan y comienzan a aplastarnos. Todos vamos a morir.

–¿Qué está ocurriendo? –pregunta Joe.

Una ventana se rompe: uno, dos, tres. “¡Sálvense!”, les grito a mamá, a papá y a Joe, y ellos obedecen y saltan por las ventanas hechas añicos mientras las paredes vienen directamente hacia mí.

Sí, pienso dramáticamente, *es mejor así*.

Pero, a decir verdad, no sucederá de esa manera.

Nop.

A decir verdad, mamá, papá y Joe permanecerían voluntariamente conmigo. Siempre. Haga lo que haga o diga lo que diga, sin importar quién sea o quién podría llegar a ser o quién haya sido. Es por eso que es tan difícil decirse-lo. Ellos soportarían todo por mí. Las miradas de soslayo en la iglesia, en la tienda y en las reuniones de padres de la escuela; los empujones en los vestuarios (*¿qué estás mirando, marica?*); los insultos que a mí me pasan por encima pero, me temo, a ellos les pegarían justo en las tripas. Discretamente, dejarían de ser amigos de todos aquellos que insultaran a los gay, que fueran homofóbicos o anti-Goobys. Probablemente, no asistirían nunca más a la iglesia. Tal vez sentirían la necesidad de mudarse. Aguantarían todo esto sin emitir una sola queja.

Porque me quieren.

—¿En qué piensas, Tretch? —me preguntaría mamá.

Y yo respondería:

—En nada, má.

Mientras, tengo la sensación de que mis pensamientos salen disparados por mis ojos como las diapositivas en una pantalla de proyección: Matt, rodeado por un halo de luz, que entra por la ventana de la clase de Lengua; los padres

de Matt llevándolo a la escuela y Matt presentándomelos; Matt que se estira para tomar mi mano aquel día en la iglesia, sin soltármela; Matt entrando en la ducha después de la clase de gimnasia; Matt tumbado en mi cama mientras yo hago la tarea en el escritorio, con el corazón a punto de estallar, a veces tan emocionado que no puedo dormir, tanto que duele como si me aplastaran.

Mamá puede ver todos mis pensamientos.

O tal vez no.

Quiero decir, si no es tan obvio para Matt, entonces tal vez no sea tan obvio para nadie.